

El gran Pablo de Céspedes, pintor y poeta

Por Manuel GÓMEZ MORENO

Fijate bien, que no digo «gran pintor»; porque entonces se nos subiría Sánchez Cantón a la parra; dejemos esto para ventilarlo en sazón, y procedamos a biografiar.

Céspedes nació en Córdoba hacia el año 1538, y llevó una vida perfectamente honorable, grave y doctoral, a creer lo que se cuenta en serio; pero era cordobés, y esto, junto con lo que se dirá luego, nos pone algo en guardia sobre la formalidad de los andaluces. Córdoba también era Góngora, y ambos clérigos, aunque no de misa, y juntos en el coro catedralicio de su tierra, actuando de racionero el uno y de beneficiado el otro. Y también de su amistad hay testimonio pues Góngora salió fiador de Céspedes en cierta ocasión, así como le zahirió, tasando en doce mil ducados lo que perdía un pintor al año, porque se pasaba en Sevilla sus buenas temporadas de picos pardos.

No ganaría mucho tampoco haciendo versos, con la ocurrencia de poner octavas reales y empinado sobre el coturno geórgico de Virgilio, el arte de confeccionar pinceles y tientos, paletas, colores, barnices, etc., y aun trazar una cuadrícula, exaltando su empleo en esta forma:

«Y para mayor luz, sabrás que hay una
una industria con que muchos han obrado,
y acudiendo el favor de la fortuna
y el suceso al estudio y al cuidado,
sus pinturas ilustres, una a una,
las colocaron en tan alto grado,
tan firmes, que la fuerza no ha podido
del tiempo obscurecerlas ni el olvido».

Ello cuadra al concepto de poema didáctico, bajo que la tal composición, quizá nunca terminada, se nos ofrece, aunque, en verdad, difícilillo resulta aún el enterarse de por dónde anda el poeta, que desde tamañas materialidades se remonta evocando la creación del

universo, esencias del arte sobre el arquetipo divino y medios para atraerse la inventiva con triunfo del genio. Y aunque parece rebajarse después enseñando a hacer la tinta, es para lanzar nada menos de trece octavas, que por acertijo pueden ofrecerse, revolviendo la caducidad de todo frente a lo perpetuo de la creación poética: «Sólo el decoro que el ingenio adquiere, se libra del morir o se difiere». Luego, para justificar la predilección que el pintor ha de sentir por el caballo, le dedica otras tres octavas, a vueltas de lisonjear al marqués de Priego y a Córdoba, patria suya, hasta que vuelve en sí el poeta, porque «no consienten tus fuerzas lo que emprendes, que pocas son, y el ya cansado aliento; vuelve, vuelve y conoce la carrera, que ya tomaste, a proseguir primera».

Entonces va con la perspectiva, el copiar a cuadrícula. Dibujo y colorido, más una exaltación de la belleza natural en esta pintura, tan gongorina:

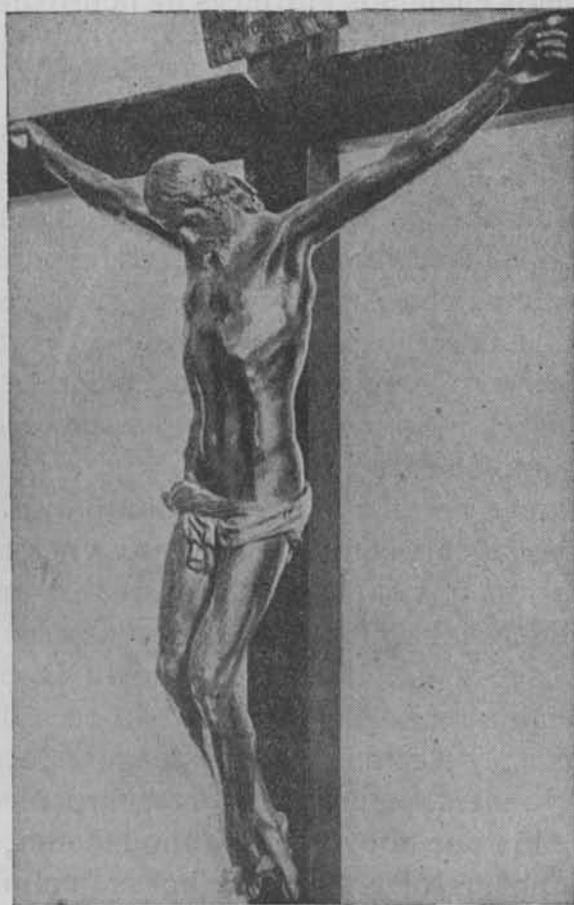
«Las frescas espeluncas escondidas
de arboredos silvestres y sombríos,
los sacros bosques, selvas extendidas
entre corrientes de cerúleos ríos,
vivos lagos y perlas, esparcidos
entre esmeraldas y jacintos fríos,
contemple, y la memoria entretenida
de varias cosas quede enriquecidos».

Y acaba con lamentaciones a la caída del arte en los siglos medios, proclamando luego su renacimiento; pero también asegura su inevitable mudanza a compás del universo, como si ya presintiera la ruina del clasicismo.

Murió Céspedes en 1608. Al culteranismo de Góngora se asigna por fecha inicial el 1609. Y ¿no llevaría de la mano el viejo Céspedes a su cofrade por este camino, con aquellas octavas tan alambicadas, altisonantes y misteriosas? ¿Se burlaría Céspedes de sí mismo poniendo en verso heroico trivialidades y fantasías, fuera de lo razonable y práctico? ¿Caería Góngora, algo tocado ya de la cabeza, en las redes de su genial paisano?

Porque éste «se las traía» en serio y en broma. Pasado apenas de los veinte años, ya se atreve a escribir pestes contra el Santo Oficio y el gran inquisidor Valdés, a propósito del inicuo proceso contra el arzobispo Carranza, lo que le valiera caer en sus garras si le dan alcance. En punto a tragaderas, «cogía nidos de grajos y comíase los grajitos, jurando que no había manjar más delicado». Andaba por

Sevilla con un gran crucifijo de bronce al cuello, obra de Miguel Angel, su ídolo..., y esta es ocasión de hacerme el vanidoso, enterándote de que ese crucifijo, reproducido muchas veces, lo descubrí yo, como es sabido por los del gremio, salvo la aparición reciente de otros dos ejemplares allí en Sevilla: el uno, de antimonio, al parecer, y colorido al natural, como lo hizo Pacheco; el otro, de plata, bien a resguardo en la sacristía de los Cálices, donde solamente a la sagacidad del



P. Carlos Gálvez se debe su descubrimiento. Y, por si quedase duda de la ironía con que «se soltaba el pelo», baste recordar su respuesta a quien le descalificaba un retrato: «¿Ahora sabe v. m que los retratos no se han de parecer? Basta, señor mío, que se haga una cabeza valiente».

Ei «tener cosas» no quiere decir chistes ni chocarrerías, sino cierto filosofar sobre criterios de conciencia, que le permitían salirse graciosamente de lo normal con paradojas de temerario desenfado. Un tan gran devoto suyo, cual lo era el pintor Pacheco, así lo reconocía;

pero añadiendo que ni supo juzgar ni jurar, ni tuvo otros vicios, y, lo que es más, nunca se le conoció flaqueza contra la honestidad ni en las palabras». Así quedan en su punto los donaires que de él se cuentan: En cierta noche, como le interrumpiese la charla de un pregón por las ánimas benditas, amohinose y alzando los brazos, dijo: «Bendita seas tú, Argel, donde no hay ánimas del Purgatorio, ni quien las encomiende por las calles y estorbe a los que están en conversación hablando con los que las cumplen». Más fuerte aún aquello de reverenciar a los máximos enemigos entonces de la prosperidad española: Selin e Isabel de Inglaterra, llamándoles «el Gran Turco, la señora Reina», hasta proclamar, en convite de gran fiesta entre jesuitas: «Tres personajes valerosísimos ha llevado este siglo: Barbarroja, el P. Ignacio y la señora Reina de Inglaterra».

Así enjuiciaba una de las más notables lumbreras en arte y condición que entonces se terciaban por aquí, codeándose con excelsos marianistas, en amistad con Arias Montano, Ambrosio de Morales, Alderete y muchos más sabios; camaradería que justificaban sus escritos en prosa, dotados de fuerte sentido común e independencia; por ejemplo, en apreciar las obras de arte medievales, recreándose en ellas y lamentando su ruina.

Estas divagaciones por el campo de lo inútil que llenan la vida de Céspedes, justifican su concepto de ellas, pues vivía tan desentendido de su hacienda que apenas sabía contar un real, y moraba en casa propia tan arruinada e inhabitable, que hubo de cederla a un sobrino para que no se le cayese, y al morir apareció su despensa casi vacía; de moblaje y ropas, una miseria; pero llena la casa de innumerables chucherías preciosas, colección de jaspes, ágatas, cristales, vidrios de color, ámbar, granates, piedras bezoares, caracoles, coros, calabazas, porcelanas... Más por alto, algo de antigüedades, medallas, bronce, ceras, astrolabios, relojes, libros de horas iluminado y aquel crucifijo de bronce sin cruz arriba mentado. Por las paredes, cuadros de asuntos religiosos y paisajes; para recreo, nueve macetas de limas, naranjos y otras hierbas. De valor, una larga cadena de oro y utensilios de mesa, de plata. Pero donde estaría el alma de Céspedes sería entre sus cuatrocientos libros, de alta literatura en todos los ramos del saber, poesía y lenguas. También, y a tras mano quizá, sus enseres de pintar, no muchos.

En efecto, su oficio durante larga permanencia en Roma, fué de pintor, y aquí también pintaba, quizás solo de afición, pero en grande. Sevilla y Córdoba se gloriaban con obras suyas; pero ha sido el

tiempo cruel con ellas; las más elogiadas se perdieron. Ahora, tocar a esto es lo más delicado que respecto a Céspedes cabe intentar; yo quisiera, cerrados los ojos, abrir oídos tan solo, acariciando las frases que en alabanza suya, como pintor, se han derramado. Pero si te convidase a mirar su «Última cena», en la catedral de Córdoba, o «La Asunción», en el bochornoso almacén de nuestra Real Academia de San Fernando, no disfrutarías, ciertamente. Lo peor del caso es que, aun desde el prisma, ya tan empolvado, de los amaneramientos



renacentistas, no logramos convencernos a nosotros mismos. Así, renunciando a su análisis, en gracia de los respetos que su autor merece, nos agarraremos a la única tabla de salvación, bien lejana, de los objetivos en que cifraban la perfección artística, tanto Céspedes con sus teorías, como los panegiristas juzgándola. Lo que no podrá negarse al propósito es que cuando el recetario clásico estimaba la belleza como esencial y la compostura ennobleciéndolo todo, he aquí que Céspedes nos pinta unos apóstoles de individualidad concreta, como retratos; pero groseros, brutales; tipo de pescadores agresivos. «El renuncio» no puede ser más descarado, y aquí de la subconsciencia de Céspedes.

Como hombre observador y de sutil comprensión que era, es posible que reaccionase ante los fenómenos de asalto hacia la realidad circundante, anulando las fórmulas renacentistas, y así se revelaba como precursor, en cierto grado, de la pintura naturalista que habían de franquear luego un Zurbarán y un Velázquez ante los aspavientos del maestro Pacheco, que no sabía para dónde mirar, si a Céspedes o a aquellas ordinarieces con que se arrancaba de viejo y por donde empezaban sus discípulos; pase así como elogio.

Y quedamos en que Céspedes, erudito, filósofo, vitoreado en Roma, fiel asistente a los rezos en el coro, devoto de Virgilio y de Miguel Angel, se sacude el polvo de las conveniencias sociales y de lo académico para inaugurar el conceptismo en poesía y un naturalismo irreflexivo en pintura. Yo conocí a otro cordobés, clérigo, oficinista correcto y pintor a lo fray Angélico, que discurría entre volteriano y místico, al margen de todo lo sociable, y era don Angel Barcia. ¿Lo dará la tierra?

(«Vida Española» Madrid 13 junio 1947)

